á estas naciones, en favor de las almas que permanecen fieles á ella, y cuyo número es muy pequeño en comparacion de los que la rechazan y la desprecian, puede suceder desgraciadamente, y sucede en efecto con frecuencia, que los individuos la pierdan. ¡Ay! por desgracia se encuentra en los paises católicos un gran número de esas almas depravadas á quienes Dios, para castigarlas de sus vicios, ha abandonado á todos los errores, y por consiguiente se han precipitado en el abismo de la incredulidad.

¡Ay! conservemos, amados hermanos, el precioso tesoro que poseemos, la verdadera fe que tenemos la dicha de profesar; defendámosla dentro de nosotros mismos contra la influencia de las doctrinas erróneas, y mas aun contra la influencia de las malas costumbres que pudieran hacérnosla perder, á fin de que, conservando en nosotros en toda su integridad el reino de Dios, ese precioso depósito de su fe y de su gracia, podamos ser admitidos un dia en el reino de su gloria. *Así sea.*

CONFERENCIA VIGÉSIMA SEXTA.

El Viaje al Calvario.

Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.

Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, tome su cruz, y sígame.

(Matth. 16.)

Cuando el Salvador del mundo pronunció estas profundas y misteriosas palabras, que ninguna lengua humana habia pronunciado jamás, que el oido del hombre no habia jamás escuchado, y que el espíritu humano jamás habia concebido, ninguno de cuantos las oyeron comprendió la importante leccion que ellas encierran; por el contrario les pareció que el Señor habia usado de un lenguaje que carecia de significacion.

La cruz era en aquella época el suplicio infamante de los esclavos y de los criminales, y jamás se habia propuesto á los justos de la ley antigua como una condicion esencial de la verdadera virtud. Ninguno pues podia admitir la estraña doctrina de que para ser discípulo de Jesucristo era necesario renunciarse á sí mismo, cargar con el instrumento de su propio suplicio y seguir sus pisadas, ó en otros términos, que, supuesto que el Mesías enviado por Dios debia llevar su cruz y ser enclavado en ella, sus discípulos debian tambien llevar sus cruces en pos de él, y ser en ellas crucificados por él y con él: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.*

Sin embargo S. Pablo dice: Está decretado en los consejos eternos de Dios que ninguno podrá entrar en el cielo si no representa en sí mismo la vida y los ejemplos de su divino Hijo, si no se hace la imágen perfecta de Jesucristo: *Quos præscivit et prædestinavit conformes fieri imaginis Filii sui.* (Rom. 8, 29.) La doctrina que nos enseña á imitar y á seguir á Jesucristo es por consiguiente la

doctrina de las doctrinas, la ciencia de las ciencias, la filosofía de las filosofías, la doctrina, la ciencia y la filosofía de la salvacion eterna.

¿Y qué ha hecho nuestro divino Maestro? Él no se ha contentado con esplicarnos en su Evangelio esta importante doctrina; él ha querido ponérnosla ante los ojos, como en accion, en su viaje al Calvario, llevando él mismo su cruz sobre sus hombros, y enseñándonos de ese modo cómo debemos llevar nosotros la nuestra.

Acompañemos pues en este dia á nuestro Redentor que lleva esta dolorosa y humillante carga; acompañémosle á fin de aprovecharnos de los misterios que él nos revela en esta circunstancia, de los ejemplos y de las lecciones que nos da, y comprender al mismo tiempo la necesidad, la importancia y las ventajas de la renuncia voluntaria, y la gloria que adquirimos al seguir sus pisadas por el camino del Calvario, con la cruz sobre nuestros hombros: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.*

PRIMERA PARTE.

Increible parece que despues de haber deseado el Redentor tan ardientemente la cruz, y haberla aceptado con un gozo tan grande, se mostrase en seguida tan débil para llevarla, que apénas salió de Jerusalen cayó en un desfallecimiento tal, que fué necesario buscar uno que la llevase por él, por temor de verle sucumbir bajo su peso. Estenuada la humanidad santa de Jesucristo por la pérdida de tanta sangre, y abatida por el dolor de tantas heridas, apénas tenia la fuerza necesaria para sostenerse; mas así como, despues de la agonía y el sudor de sangre, se mostró intrépido y formidable á los Judíos que fueron á poderarse de su persona, ¿no podia y debia mostrarse tambien fuerte y vigoroso bajo el peso de la cruz, y confundir así á los soldados que le conducian al suplicio? ¡Ah! no nos sorprendamos de esta flaqueza. Ella no proviene del agotamiento de sus fuerzas, sino de la vehemencia de su caridad; ella no es una enfermedad, sino un prodigio; ella no es un escándalo, sino un misterio.

Efectivamente, en el salmo treinta y nueve que, segun San Pablo, no se aplica mas que á Jesucristo, el Salvador habla de sí mismo en estos términos: Mis iniquidades me han abrumado con su peso de

tal manera que no puedo ni aun mirar al cielo. Su número es mayor que el de los cabellos de mi cabeza, y mi corazon abatido y desolado ha caido en un desfallecimiento. No es pues la carga material de la cruz, dice el apóstol S. Pedro, lo que abruma el cuerpo de Jesucristo, sino el peso misterioso de las iniquidades del mundo que acumuladas sobre la cruz la hacen tan pesada y abaten su corazon. (I *Pet.* 2.) Porque así como está escrito de Isaac, figura admirable de Jesucristo, que Abraham cargó sobre sus hombros la leña sobre que debia ser inmolado (*Genes.* 22); así tambien se ha dicho de Jesucristo, por boca de Isaías, que su eterno Padre puso en sus hombros, juntamente con la cruz, la carga todavía mas pesada de las iniquidades de los hombres. (*Is.* 53.) Y á este propósito, dice S. Ambrosio, que Jesucristo llevó la cruz sobre sus hombros para llevar con ella todos nuestros pecados. (*De Benedict. Patriarch.*) Esto supuesto, ¡desgraciados de nosotros, si Jesus hubiera llevado su cruz con tanta facilidad y tanta firmeza que hubiera llenado de admiracion á sus enemigos en el Calvario, como los habia llenado de terror en Gethsemani! Esto, que en el estúpido orgullo de nuestros pensamientos hubiéramos mirado como lo mas conveniente á la dignidad del Hijo de Dios, no hubiera estado conforme á su cualidad de Redentor de los hombres; porque la cruz, llevada así con un aire de triunfo, hubiera sido la cruz de su inocencia, y no la del pecado; hubiera sido gloriosa para él, pero inútil é ineficaz para nosotros; ella no nos hubiera representado; nosotros no hubiéramos tenido parte alguna en ella, hubiéramos sido estraños á ella. Mas llevándola Jesus en medio de las ignominias y de los insultos, con los esfuerzos y la dificultad que debe esperimentar un hombre, con los sentimientos y las disposiciones de un criminal, temblando bajo su peso y cayendo con el rostro contra la tierra, llevándola como hubiéramos podido llevarla nosotros que somos pecadores, si la justicia de Dios nos hubiera cargado con ella, nos hace ver claramente que él se ha colocado en nuestro lugar, que ha cargado con nuestra cruz y la ha aceptado en nuestro nombre, y que así como se ha vestido de nuestra flaqueza con el pecado que es la causa de ella, así tambien nos comunica su fuerza con la divinidad que es su orígen. Este abatimiento del Señor, dice S. Ambrosio, es por consiguiente el principio de nuestra esperanza y de nuestro consuelo. Su flaqueza fortifica la nuestra; ella eleva los corazones abatidos y sostiene á los mártires. (*In Luc.*)

Ved aquí por que los mártires y los apóstoles, Pedro y Andrés, pudieron saltar de gozo á vista de su cruz, y abrazarla con firmeza. Ellos la llevaban por la gloria de Jesucristo, y así es como debieron hacerlo. Mas Jesucristo cargó con ella en nuestro nombre, por nuestra explacion y nuestra salvacion; y por esta causa su flaqueza nos hace ver en él un Dios Redentor, mucho mas que si se hubiera mostrado fuerte y poderoso. Es indudablemente un milagro que los mártires, hombres débiles y enfermos, hayan manifestado alegría en medio de los tormentos; pero mayor milagro es todavía que el Hijo de Dios, siendo fuerte por sí mismo, se haya hecho débil y se haya dejado abatir bajo el peso de la cruz. Este es el mas grande de todos los misterios que no puede esplicarse sino por el mas grande de todos los amores. ¡O flaqueza prodigiosa! ¡O desfallecimiento milagroso de Dios Salvador! El Hijo de Dios, revestido de la enfermedad de mi carne y cayendo á tierra en mi presencia me enseña, dice S. Agustin, á postrarme á su piés, á sacrificarle mi miserable orgullo, á humillarme, á hacerme enfermo ante esta Divinidad que se hizo voluntariamente enferma, y obligar así á este Dios, poderoso en su abatimiento, á que me alargue una mano compasiva para levantarme. (*Confess.* 7. 18.)

Hay asimismo una razon muy poderosa para que Jesucristo consienta en que otro le ayude á llevar su cruz. Viéndole los Judíos caer á tierra sin conocimiento, temieron, dice Dionisio el Cartujo, que muriese durante el tránsito, y que se privasen ellos del placer bárbaro de verle espirar en la cruz. Así pues, no es por aliviar sus trabajos por lo que se dan prisa á socorrerle, sino para prolongar su suplicio; no para darle la vida, sino para reservarle á la muerte mas cruel (1). Con este objeto detienen á un hombre de Cyrene, llamado Simon, que volvia del campo y pasaba casualmente por aquel sitio; ellos quieren hacerle cargar con la cruz del Salvador; poro como Simon rehusase aceptar esta carga, le obligan á llevarla por fuerza. (*Matth.*, *Marc.*, *Luc.*)

¡O amados hermanos, todo está ordenado admirablemente en la pasion del Señor! Dios se sirve de este mismo acto de compasion bárbara de los Judíos para figurar grandes misterios de misericordia y de Salvacion para con nosotros, y darnos graves é importantes lecciones.

(1) Crudelissimi id fecerunt: non pro levamine Jesu, sed quia timebant, ne forte sub onere deficiens moreretur in via. (*In Luc.*)

En primer lugar, segun Orígenes, no fué por casualidad por lo que Simon se encontró de paso en el momento en que Jesucristo caia desfallecido bajo el peso de su cruz y de sus dolores. La casualidad es una palabra vacía de sentido. No es tampoco la injusticia ni la violencia de los Judíos la que obliga á Simon á participar de la ignominia y de la carga del Salvador; es el mismo Dios que, por una disposicion amorosa de su providencia, ha dispuesto todas estas circunstancias. (*Trac.* 35. *in Matth.*)

En efecto no es un Judío el que se ve obligado por sus compatriotas á prestar este auxilio al Salvador, porque el Judío, dice S. Hilario, no solo no era digno de llevar la cruz del Redentor que habia despreciado, sino que ni aun merecia tocarla. (*In Matth.*) Este hombre afortunado, elegido por Dios para una mision tan honrosa, es un Gentil; él se llama Simon, palabra que significa *obediencia*; él es de Cyrene, que quiere decir *herencia*; él viene de una granja, es decir de la campiña, ó bien de un bosque que los antiguos llamaban *pagus*, lo cual hizo designar á los Gentiles con la denominacion de *paganos*, porque estos pueblos celebraban en los bosques sus ceremonias supersticiosas. Así pues este Simon, prosigue S. Hilario, es la figura de los pueblos de la gentilidad que dejando el paganismo, ó abandonando sus supersticiones idolatras, debian un dia, por su obediencia á las doctrinas del Evangelio, tener parte en los frutos de la pasion y de la cruz de Jesucristo, y hacerse herederos de su gloria. (*Ibid.*) En la persona de Simon Cyrineo, prosigue S. Gerónimo, todos los pueblos gentiles, desde este momento toman místicamente posesion de la cruz, y el estranjero obediente, principia desde entonces á llevar la ignominia de su Salvador. Finalmente S. Leon hace á este propósito la reflexion siguiente: Al querer nuestro Salvador (1), dice, que fuese un Gentil el primero que tocase la cruz con que estaba cargado, y le ayudase á llevarla, sin conceder este favor á ningun Judío, indicó claramente que los Judíos estaban ya desechados, y que los Gentiles, considerados como pueblos, serian los primeros en creer en él, en confesar y en adorar su cruz, y en gloriarse de esta cruz que debia ser para los Judíos un objeto de horror y de confusion. (*Serm.* X *de Pass.*)

Mas ¡ay! ¡estos sentimientos no animam á todos los cristianos!

(1) Mystice crucem suscipiunt nationes; et peregrinus obediens portat ignominiam Salvatoris. (*In Marc.*)

¡Cosa sorprendente! dice S. Cirilo; el Hijo de Dios no se avergonzó de cargar con la cruz que habiamos merecido, y nosotros, desventurados ingratos, nos ruborizamos de llevar la cruz que Jesucristo santificó; nosotros rehusamos sufrir las molestias mas leves, inseparables de la vida cristiana; nosotros nos avergonzamos de sufrir cosa alguna por el amor de Jesucristo (1). ¡Desgraciados de aquellos, esclama S. Pablo, que, por no desagradar al mundo, no se atreven á parecer cristianos, y se conducen como enemigos declarados de la cruz de Jesucristo! La gloria mundana que ellos buscan se convertirá un dia para ellos en una confusion eterna. (*Philip.* 3.)

Despues de haber conocido el misterio oculto en la eleccion que Jesus hizo de Simon, para que llevase su cruz, procuremos comprender las importantes lecciones que ella encierra.

Ciertamente, despues de María que tuvo la inmensa gloria de concebir al Verbo Eterno en su seno virginal; despues de José que tuvo la dicha de estrechar con frecuencia en sus brazos el cuerpo sagrado de Jesus, no hubo en el mundo un hombre mas honrado ni mas dichoso que Simon Cyreneo, que llevó la cruz que el Salvador habia ya santificado al tomarla con sus divinas manos y colocarla en sus hombros; esta cruz que era como el altar sobre que debia ser inmolada la víctima y consumarse el gran sacrificio de los siglos. Pero Simon, al pasar por el lugar en que cayó el Señor, no pensaba ni aun remotamente en el honor que le aguardaba. Al principio no solo no lo comprendió, sino que miró como una ignominia intolerable, para un hombre bien nacido, la de llevar en medio del dia y entre un inmenso pueblo el patíbulo de un sentenciado, y ser considerado como ayuda de verdugo. El procuró evadirse de esta triste comision de tal modo que fué necesario emplear la violencia para decidirle á cargar con la cruz: *Hunc angariaverunt;* y ciertamente, no sin murmurar y protestar contra esta injusta violencia, se sometió á una afrenta tan humillante.

Mas cuando despues de la resurreccion del Señor, hecho Simon cristiano con sus dos hijos, Alejandro y Rufo, conoció claramente á este Jesus cuya cruz habia él llevado, ¡oh! entonces, y solo entonces comprendió la alta dignidad á que Dios le habia elevado llamándole á llevar el instrumento del suplicio de su Hijo, y asociándole el primero al mérito, á la gloria y á la virtud de la cruz. Entonces, penetrado del mas vivo reconocimiento, tributó á Dios sinceras gracias por lo que le habia parecido ser un castigo inmerecido, una humillacion injusta, pero que solo habia sido un efecto de amorosa predileccion de la bondad divina. Y bien, ¿puede encontrarse un hecho mas claro, mas elocuente ni mas eficaz que este, para hacernos comprender la injusticia de la impaciencia y de la murmuracion con que nosotros sufrimos nuestras tribulaciones y nuestras cruces? Ellas nos parecen efectos de una ciega casualidad, cuando son disposiciones admirables de la Providencia. Ellas nos parecen el resultado de la voluntad perversa de los hombres, no siendo otra cosa que señales de la proteccion divina. ¡Ah! indudablemente los hombres que nos despojan, que nos calumnian, nos humillan y nos oprimen, son verdaderos Judíos que nos obligan á cargar con la cruz de Jesucristo, que nos proporcionan el honor de Simon Cyrineo; pero Dios es el que hace de ellos sus instrumentos ciegos para purificar nuestras almas, mortificar nuestros vicios, estinguir el fuego de nuestras pasiones, acrecentar nuestro mérito y perfeccionar nuestra virtud. Nosotros no comprendemos ahora este misterio o al menos la idea confusa que de él tenemos no escita sino muy débilmente nuestra fe, y por esta razon no es tan difícil resignarnos á sufrir nuestras humillaciones y nuestros dolores; mas si estos medios tan sensibles á nuestra delicadeza y á nuestra enfermedad contribuyen á salvarnos, si al salir de la vida consigue nuestra alma resucitar gloriosa para vivir con Dios y en Dios, entonces, al ver que las cruces, que nos parecian tan pesadas y tan injustas, fueron los medios de que Dios se valió para desprendernos de nosotros mismos y del mundo, que fueron los motivos de nuestra perseverancia y los títulos de nuestra predestinacion y de nuestra salvacion, ¡oh! entonces reconoceremos el dedo amoroso de Dios en todo cuanto hayamos sufrido por la injusticia y la malicia de los hombres; entonces convertiremos nuestras impaciencias actuales en trasportes de reconocimiento y nuestras tristezas en arrebatos de júbilo, y en vez de murmurar de Dios dirigiremos á él nuestras alabanzas eternas y nuestras acciones de gracias por su misericordia infinita. Reformemos pues nuestros pensamientos y nuestros sentimientos acerca de las tribulaciones que nos vemos obligados á sufrir. Doblemos la cerviz bajo su peso con una piadosa resignacion. Aceptémoslas con el mismo anhelo con que un enfermo acerca á sus labios la copa amarga que le ha de dar la vida. Sufrámoslas con

(1) Dominus Jesus debitam pro nobis bajulans crucem non erubescit: nos autem calamitosi non audemus labores vel parvos pro pietate suscipere; sed si forte pro Cristo quidquam nobis acciderit, erubescimus. (*In Joan.*)

la humilde paciencia que se debe mostrar en los acontecimientos que Dios dispone para nuestro bien, y principiemos á juzgarlas, ahora que estamos en la tierra, del mismo modo que las juzgaremos en el cielo.

El misterio que esplicamos nos enseña, que las cruces á que estamos sujetos en el discurso de nuestra vida, no solo nos están preparadas por la mano de Dios, sino que son necesarias é inevitables, y que por consiguiente deben unirse á la mortificacion voluntaria, y nosotros debemos llevarlas en compañía de Jesus; es decir que el Señor nos da en este misterio el comentario sensible de esta sentencia emanada de su boca y que es en cierta manera el compendio de su Evangelio: « Si alguno quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, tome su cruz y sígame; *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam et sequatur me.* » En efecto Jesus nos ha manifestado cuatro verdades en estas breves y profundas palabras. La primera, que debemos seguirle voluntariamente; *Si quis vult post me venire.* La segunda, que su discípulo debe renunciarse á sí mismo: *abneget semetipsum.* La tercera, que debe cargar con su propia cruz: *et tollat crucem suam.* La cuarta en fin, que debe seguir siempre sus pisadas y no abandonarle jamás: *et sequatur me.* Ved aquí cuatro verdades que él nos predica con su ejemplo al resignarse á llevar la dolorosa y humillante carga de la cruz.

Cuando él se muestra á nuestros ojos abrumado bajo el peso de su cruz, subiendo con ella la escarpada pendiente del Gólgota al través de innumerables ultrajes, parece que nos dirige estas palabras: « Hombres, miradme con atencion; yo soy el hombre de la humillacion y del dolor; yo camino por la senda de los sufrimientos, yo no doy á los que me siguen otra cosa que tribulaciones y cruces. ¡ Y bien! ¿quién de vosotros tiene el valor de seguirme? Pensadlo bien; yo quiero en pos de mí amigos y no esclavos, discípulos voluntarios y no cautivos arrastrados por la fuerza; yo quiero en una palabra que vuestra cruz sea libre. El estado en que me veis os hará conocer que no seréis los primeros en andar el camino en que yo me encuentro; que yo soy el que os lo preparo, y que vosotros no haréis mas que seguir mis pisadas; que yo mismo principio á hacer lo que quiero que hagais vosotros; que vosotros no seréis los primeros en morir por mí, supuesto que no haréis mas que recompensarme del amor que me lleva á la muerte por vosotros; y

que yo voy delante de vosotros como vuestro Señor, vuestro Modelo y vuestro Salvador, alentándoos con mi ejemplo y con mi auxilio. ¿Qué respondeis pues, y qué resolucion tomais? Consentis, ó rehusais formar parte de mi comitiva: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.* » ¡O amable Jesus! ¿adónde iremos nosotros sino caminamos en pos de vos? *Domine, ad quem ibimus?* (Joan. 6.) ¿No sois vos nuestro Dios, nuestro Maestro y nuestro Redentor? ¿Dónde encontraremos lejos de vos las palabras, las doctrinas y las gracias de la vida eterna? *Verba vitæ æternæ habes.* (Ibid.) Sí, nosotros queremos caminar por vuestras pisadas, permanecer unidos á vos y vivir con vos: *Sequar te quocumque ieris.*

Mas si el Dios de la fuerza se encuentra profundamente humillado por aparecer tan débil á los ojos de los hombres, el Dios de la gloria no lo está menos por aparecer cubierto de infamia, y cargado con el peso de la cruz. El mismo Evangelista deja ver esta segunda humillacion del Salvador, al decir que eran conducidos con Jesus otros dos criminales condenados á muerte. (Luc.) Porque, ¿qué significa esta espresion *otros dos malhechores*, sino que Jesucristo pasó entonces por un malhechor en la opinion pública, segun la profecía: Él fué comprendido en el número de los criminales; (*Is.* 53.) que el pueblo no hizo distincion alguna entre Jesucristo y los dos malhechores que eran conducidos con él al mismo suplicio, y que todos tres eran mirados como culpables de los mismos crímines, supuesto que se les daba el mismo castigo? ¡Oh! ¡qué vergüenza debió sufrir el Hijo de Dios, la justicia y la santidad misma, al verse así confundido con los pecadores y los inícuos, y ser tenido tal vez por mas criminal que ellos! En efecto, supuesto que la sentencia de condenacion que llevaban delante de él, escrita en grandes caractéres, y que estaba destinada á ser colocada sobre la cruz, no espresaba delito alguno particular, dejaba libre campo á todas las conjeturas, de manera que Aquel, en quien sus mismos enemigos no habian podido encontrar la mas pequeña mancha, aparecia culpable de todos los crímines. ¿Quién podria por consiguiente referir los epítetos injuriosos, los sarcasmos, las burlas y las blasfemias de que fué acompañado? Esta terrible ignominia se renovaba para el Redentor del mundo á cada paso que daba al través de las olas de los nuevos espectadores, y sin embargo él las sufria con una mansedumbre inalterable y una paciencia invencible.

Así pues, por el ejemplo de Jesucristo se nos manifiesta la segun-

da condicion esencial que debemos tener para seguirle, la abnegacion de nosotros mismos: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum;* porque Jesucristo que al llevar su cruz sufre tantos dolores en su humanidad, esperimenta tanta confusion en su persona y en su nombre, renuncia visiblemente á todas las consideraciones, á todos los consuelos, á todos los honores que le son debidos, á todos los bienes esteriores, y á su vida misma. Él, que puede renunciar interiormente á sus pasiones humanas que eran santas, ordenadas y justas, renuncia por el contrario á los objetos esteriores, por los que los hombres suspiran con tanta injusticia y con tanta ardor. Él se renuncia á sí mismo de una manera tanto mas perfecta cuanto mas noble y mas santa es su abnegacion. Él nos demuestra con su ejemplo la necesidad absoluta que tenemos de hacer por nuestro propio bien lo que él hizo tan solo por nuestro amor. Él nos da la importante leccion de que nosotros debemos renunciar á nuestro propio juicio, á nuestra voluntad, á nuestros deseos, á nuestras afecciones y á nuestras inclinaciones, cuando estos sentimientos están en oposicion con la palabra de Dios y con la ley de Dios. Él nos obliga, si es que tememos ofender á Dios y deseamos agradarle, á refrenar la licencia de nuestros sentidos, á mortificar nuestros ojos, nuestros oidos, nuestro paladar, nuestra lengua y todo nuestro cuerpo, para no ver, para no oir, para no decir, para no gustar ni hacer cosa alguna que no sea santa é inocente. ¡ Ah ! si el hombre profano, si el hombre infiel, el hombre carnal es aquel que usa de condescendencias consigo mismo y se forma un ídolo de su propia persona, el hombre cristiano, el hombre espiritual, el hombre que aspira al honor de ser un discípulo fiel de Jesucristo es aquel que se contraría á sí mismo, que está en guerra consigo mismo, que se mortifica, y que por consiguiente se renuncia á sí mismo siempre y en todas las cosas: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.*

Sin embargo Jesus, ántes de ceder la cruz á Simon, la habia llevado él mismo. Pues bien, esta circunstancia nos dice que si hubo una cruz para el Criador, no faltará otra para la criatura: si hubo una cruz para el Santo de los santos, con mucha mas razon habrá otra para los pecadores; si Jesucristo, supuesto que se encargó libremente de nuestra redencion, debió cargar con la cruz, *Oportuit Christum pati,* (Luc.) con mucha mas razon debemos nosotros llevarla para obtener los frutos de esta redencion. El hombre para salvarse necesita asociarse á los sufrimientos, á las ignominias y á la

cruz de Jesucristo, supuesto que el hombre debe, en cualidad de miembro, cumplir en su carne, como decia S. Pablo, lo que queda que sufrir á su cabeza; (*Coloss.* 1.) y para darnos esta importante leccion de una manera sensible, fué por lo que Jesucristo quiso manifestar que necesitaba el auxilio del hombre para llevar su cruz, por esto la cedió á Simon, permitiendo que un verdadero desfallecimiento viniese á corroborar esta profunda enseñanza.

La cruz es por consiguiente la condicion mas universal y mas indispensable de la vida humana, y ved aquí por que ella es planta de todos los climas y de todos los países. La cruz se encuentra en los palacios de los grandes y en las chozas de los pobres. No hay poder alguno en la tierra, no hay dignidad, grado ni condicion que esté esceptuada de ella, ni pueda evadirse de ella. Donde menos se cree que ella está, allí se encuentra mas pesada y mas sensible. Las cruces de los pobres son de madera; mas toscas y mas pesadas en apariencia, pero en realidad son mas ligeras. Las cruces de los ricos y de los grandes del mundo son de oro; brillantes en apariencia, pero tanto mas pesadas, cuanto el oro es mas pesado que todos los metales. Las calumnias y las persecuciones son cruces; las miserias y las enfermedades son cruces igualmente; las humillaciones y los infortunios, las pérdidas imprevistas de las personas que amamos, de los bienes y del honor, las traiciones de los hombres y las tentaciones de los demonios, las exigencias de la sociedad, los deberes del estado, los cuidados de la paternidad y los sacrificios, exigidos por la condicion de cada uno, son otras tantas cruces.

Mas así como Jesucristo sufrió el peso enorme de todas estas cruces, cada hombre, cada cristiano deberá llevar igualmente la suya. Jesucristo, dejando la cruz á Simon, representa á Jesucristo distribuyendo á todos los hombres la cruz á que se sujetó él mismo y que cada uno de nosotros puede mirar como suya: *Crucem suam.* Suya, porque cada cual tiene una cruz que lleva por castigo, que se impone por abnegacion, ó que toma de sus semejantes por compasion; suya, porque todo cristiano la recibe ó de sus padres, ó de sus amigos, ó de sus superiores, ó de sus subalternos, ó de sus rivales, ó de sus iguales, ó de su estado, ó de su rango, ó de su probidad, ó de sus pasiones; suya, porque se dirige al bien espiritual de cada hombre en particular, y porque este es el objeto que Dios se ha propuesto desde la eternidad; suya, porque Dios elige para cada individuo la cruz mas adecuada á sus fuerzas, á sus necesidades espirituales, al estado de su alma, al grado de sus virtudes ó de sus vicios, al nú-

mero de sus méritos ó de sus pecados, y á la energía de sus buenos deseos ó de sus pasiones, supuesto que las cruces son, no solo una fuente de méritos, sino tambien un castigo, un auxilio y un remedio.

Tal es la cruz que Dios reserva á cada cristiano como suya: *Crucem suam.* Es necesario pues que cada uno de nosotros la acepte como presentada por sus manos divinas, y que la tome él mismo como una cosa que le pertenece: *Tollat crucem suam,* á ejemplo de Jesucristo que aceptó y llevó la suya como ofrecida por su Padre: *Et bajulans sibi crucem.* El Cyrineo, rehusando al principio á cargar con la cruz del Salvador que se le imponia, y obligado despues á sufrirla, á pesar de su oposicion y su repugnancia, no es otra cosa que el cristiano que hace los esfuerzos posibles para evadirse de la cruz que Dios le envia directa ó indirectamente. ¡Vanos esfuerzos! supuesto que nuestra repugnancia, nuestras quejas y nuestras murmuraciones ante la cruz que nos está preparada, ó bajo el peso de la que se nos ha impuesto, no pueden alejarla de nosotros ni librarnos de ella, y solo sirven para hacérnosla mas pesada. Por consiguiente, cuando Jesucristo, que hubiera podido evadirse de cargar con la cruz, la toma sin manifestar la menor impaciencia ni proferir una sola palabra, abrazándose á ella con toda la calma de la resignacion y todo el anhelo de la alegría: *Et bajulans sibi crucem*; cuando con su ejemplo y con su auxilio consigue decidir á Simon á llevar, con las santas disposiciones que tiene él mismo, una cruz contra la que se sublevó en vano; ¡oh! entonces Jesucristo nos da una profunda enseñanza. Entonces nos dice que debemos llevar con los mismos sentimientos que él la cruz que se nos impone á pesar nuestro; que obligados á aceptarla por necesidad, debemos apropiárnosla por virtud; que es necesario convertir en sacrificio voluntario lo que muchas veces es un castigo merecido por nuestras culpas; que no solo debemos doblar pacientemente la cerviz bajo su peso, sino tomarla nosotros mismos con valor, abrazarla con alegría, estrecharla con gozo contra nuestro seno, como una cosa que nos es propia, como una cosa que hemos deseado y querido nosotros mismos, como un remedio de nuestras enfermedades, ó como la condicion indispensable de nuestra salvacion; y esto no por una sola vez, ni por un solo dia, sino como el mismo Salvador lo dice por S. Lucas, por todas las veces, por todos los dias, por toda la vida: *Tollat crucem suam quotidie*; esto es juntar la abnegacion voluntaria de sí mismo á la resignacion y á la paciencia cristiana en los sufrimientos involuntarios; esto es

vivir y morir sobre la cruz; esto es ser un verdadero discípulo de Jesucristo: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum et tollat crucem suam, et sequatur me.*

Mas esto no basta; Jesucristo, despues de haber dejado á Simon la cruz que él habia sostenido en sus hombros por un largo trecho, se adelanta á él, y dispone su marcha de tal manera que Simon le sigue y va inmediatamente despues de él, sin adelantarse ni quedarse atrás, sin ir mas despacio ni mas de prisa, sin separarse un solo paso á la derecha ni á la izquierda; él le guia de tal modo que sigue no solo el mismo camino, sino la misma senda, y va pisando las mismas huellas ensangrentadas de su Redentor. Así se nos manifiesta la cuarta y última condicion necesaria para tener la dicha de ser del número de los discípulos que siguen á Jesucristo; condicion que consiste en seguir siempre fielmente sus pisadas, en guardar su doctrina con un cuidado escrupuloso, en cumplir fielmente su ley y en imitar exactamente sus ejemplos: *Et sequatur me;* sin esta condicion todas las demás serian vanas é ineficaces.

Y en efecto, muchos cristianos hay en el mundo que se glorian de seguir á Jesucristo: *Si quis vult post me venire.* Muchos hay que sacrifican su paz, su reposo, sus bienes, su reputacion, su salud y su vida, y aun hasta su alma, y por consiguiente se renuncian á sí mismos: *Abneget semetipsum.* Muchos hay que por su propia voluntad abranzan con gozo, y se imponen ellos mismos las cruces mas pesadas, sometiéndose á toda clase de privaciones, de sufrimientos y de ultrajes: *Et tollat crucem suam.* Mas como esto no es en ellos mas que un vano aparato de palabras que desmienten sus acciones, pues que esos cristianos no tienen de cristianos mas que el nombre; como esta abnegacion de sus mas caros intereses y aun de sí mismos no tiene en ellos otro objeto que agradar al mundo y satisfacer sus pasiones; como ellos mismos forman las cruces que llevan, y se las imponen por vanos respetos, por apariencias ridículas, por locas esperanzas, por obtener una dignidad en el mundo, adquirir gloria, crearse una fortuna y disfrutar con ella los mas vergonzosos placeres, en una palabra por satisfacer el orgullo, la ambicion y los sentidos, puede decirse con toda verdad que esas cruces son las del vicio y no las de la virtud, que esas son las cruces del mundo y no las del Evangelio, cruces que se llevan por inspiracion del demonio, y no por obediencia ni por amor de Jesucristo. Así pues, los que llevan esas clases de cruces no siguen á Jesucristo, no imitan su ejemplo ni andan por sus caminos. Por consiguiente su cualidad de cristianos

no los reporta utilidad alguna; su abnegacion no los mejora; sus cruces no los enriquecen, porque son cruces estériles, infructuosas y culpables, en vez de ser fecundas, provechosas y santas; son cruces de dolor y no de consuelo, de perdicion y no de salvacion; son cruces que no se llevan en pos de Jesucristo, sino en pos del demonio; que no nos conducen al paraíso, sino al infierno.

¡Ah! la cruz que nos salva es la del Redentor, teñida con su sangre, la que él recibió y abrazó, y la que se lleva en pos de él y con él: *Et sequatur me.*

Así pues, el Salvador llevando su cruz, nos esplica claramente el enigma, nos hace palpable la leccion, y nos muestra eficazmente la necesidad que tenemos de tomar nuestra cruz y seguir á Jesucristo. Esto es lo que han aprendido y han practicado todos los santos, todos los verdaderos cristianos, todos los predestinados y todos los elegidos. Ved aquí por que al contemplar con los ojos de la fe á Jesucristo caminando dolorosamente bajo el peso de su cruz hácia la escarpada cima del Gólgota, le vemos seguido de una inmensa turba de hombres que llevan detrás de él su propia cruz, y se dirigen por el mismo camino. ¡Oh! ¡cuán bella es esta perspectiva! Fijad en ella, amados hermanos, vuestras miradas. Ved sobre la cima del monte á Jesucristo que, como cabeza y modelo de todos los elegidos, de todos los predestinados y de todos los verdaderos cristianos, ha abierto la senda y marcado el camino; ved como le siguen inmediatamente María y José, los primeros en practicar el Evangelio en toda su severidad y en toda su perfeccion, aun ántes de que fuese publicado. Mirad aun, y ved los apóstoles, los mártires, los confesores y las vírgenes. Confundidos entre ellos caminan todos los justos de los dos Testamentos, de todas las lenguas, de todos los pueblos, de todas edades, sexos y condiciones. ¡Oh! ¡cuán santo, cuán noble, augusto é imponente es este cortejo! Su gozo es sincero, su paz profunda, su paso majestuoso y su vida perfecta. La fe lo anima, la confianza lo sostiene, la caridad lo inflama, el pudor lo embellece y la penitencia forma su mas brillante adorno. En él los consuelos están unidos á los sacrificios, y las esperanzas á las virtudes. ¡Oh! ¡quién me diera, quién nos concediera á todos formar parte de ese precioso cortejo! Apresurémonos á introducirnos en sus filas y á caminar con él, porque no hay dos caminos que puedan conducirnos al cielo, sino uno solo que es el del Calvario, por el que iremos acompañados de los buenos y en pos de Jesucristo. Nosotros no debemos rehusar entrar en este camino si queremos llegar al término de él. Observad

pues, nos dice desde lo alto de la montaña Jesucristo cargado con su cruz, observad bien que en toda esta multitud afortunada no hay ninguno que no lleve en su frente el sello de la verdadera fe, y en su corazon la abnegacion de sí mismo, y que no vaya cargado con el peso de su cruz. Sabed al mismo tiempo que estas son las condiciones necesarias, inevitables y comunes á todos los que quieran caminar en pos de mí: *Si quis vult post me venire, abneget semetipsum, et tollat crucem suam, et sequatur me.*

SEGUNDA PARTE.

No se contentó el Salvador en su misterioso viaje al Calvario con predicarnos con su ejemplo, sino que quiso instruirnos tambien con sus palabras; porque ademas de los guardias que le rodeaban iba acompañado de una turba inmensa y seguido de un grupo de mujeres compasivas que, profundamente afligidas y vertiendo abundantes lágrimas á vista de sus ignominias y de sus penas, atestiguaban con su llanto y sus gemidos la inocencia de Jesus y la injusticia de sus jueces: *Sequebatur autem illum multa turba populi et mulierum, quæ plangebant et lamentabantur eum.* (Luc.) El Señor se vuelve, y desde la cumbre del monte dirige una mirada majestuosa sobre esta multitud que se estendia á sus piés en la pendiente del Gólgota; y con aquel poder divino, con que en Getsemaní habia dejado inmóviles á los Judíos al dirigirles sus reconvenciones, deja ahora helados de terror á los jueces, á los soldados y á los verdugos haciéndoles oir sus amenazas. Tranquilo y sereno, con un aire de Señor que manda, con un tono de maestro que instruye y de legislador que impone sus leyes al universo, se dirige mas particularmente á las mujeres que veia tan afligidas y las dice: Hijas de Jerusalen, no lloreis sobre mí, yo no camino á la muerte sino por mi voluntad. Llorad mas bien sobre vosotras mismas, hijas infortunadas, verted lágrimas amargas sobre vuestros hijos; porque no está lejos el dia en que estallará sobre Jerusalen la terrible catástrofe que la cubrirá de luto. ¡Dichosas entonces las mujeres estériles que no han lactado hijos! ¡y desgraciadas las madres cuya fecundidad solo habrá servido para proveer de víctimas á la justicia divina! (*Luc.*) ¡Ay! los males de la vida presente no serán mas que una débil imágen de los que mis enemigos los pecadores deben sufrir en la vida futura. ¡Qué horror no se apoderará de ellos cuando se presenten en el formidable tribunal de este mismo Mesías que tanto deseo tienen ahora de

ver suspendido en la cruz! Ellos pedirán entonces como un favor que las montañas caigan sobre ellos para aplastarlos, y que los collados se bajen para cubrirlos. (*Luc.* 23.) Porque si el Hijo de Dios, árbol verde de gracia y de virtud, es probado hoy por la justicia divina con tanta dureza, ¿qué trato deben esperar las ramas secas é inutiles, es decir los pecadores enemigos de Dios? (*Luc.*)

¡O Dios lleno de misericordia! ¡o palabras inflamadas de amor! bajo el peso de la cruz, marcando el camino del Calvario con sus caidas y su sangre, en medio de las burlas de los sacerdotes, de los insultos del populacho y de los golpes que le daba la soldadesca, en tanto que su cuerpo estaba entregado á todos los dolores y su persona espuesta á todas las ignominias, Jesus sin embargo no olvida ni abandona al pueblo deicida. El Judío le ultraja, y él le instruye por compasion, el Judío le desprecia, y él le llama. El Judío le conduce á la muerte, y Jesus le invita á la penitencia, á la reconciliacion, al perdon y á la vida: *Filiæ Jerusalem, super vos ipsas flete.* Por esta razon le pone ante los ojos la severidad de los juicios de Dios, el horror de sus venganzas, las adversidades del tiempo y las penas de la eternidad: *Si in viridi hoc faciunt, in arido quid fiet?*

Estas palabras, dice S. Leon, fueron en la persona de los Judios presentes á tan triste espectáculo dirigidas igualmente á los cristianos futuros, que olvidados de sí mismos, se mostrarian un dia escandalizados, confundidos y afligidos por los bárbaros tratamientos, las ignominias y los ultrajes que el Hijo de Dios sufrió en su pasion. Por consiguiente al decir á estos cristianos, volved sobre vosotros mismos la compasion que manifestais por mí, quiso decirles: En vez de entristeceros y de ruborizaros de las ignominias y de los dolores que yo he sufrido voluntariamente como Redentor, por la salvacion del mundo, estremecéos al pensamiento terrible de que yo mismo vendré un dia, con todo el esplendor de la majestad de mi Eterno Padre, á juzgar al mundo como juez inexorable. En vez de gemir por las penas del Salvador de los creyentes, llorad por la locura y la impiedad de los temerarios que perecen (1).

Sin embargo, en medio de la corrupcion general de costumbres, de la tibieza en la fe y del olvido del Evangelio en que ha caido la mayor parte de los cristianos, Jesucristo conserva todavía una porcion escogida de castas vírgenes y de jóvenes de alma pura que, renunciando á los atractivos y á los placeres del mundo, van á sepultar en los claustros los encantos de la juventud, de la gracia y de la belleza, ó que permanecen en el mundo, pero que le desprecian, y viven separadas de él como si no perteneciesen á él. Jesucristo conserva todavía, en todas las condiciones, en todas las clases y en todo los lugares, un gran número de almas fieles y fervorosas que observan una vida distribuida cristianamente entre las obligaciones de su estado y las prácticas de religion, cuya primera atencion es la salvacion de su alma, cuyas ocupaciones preferentes son las lecturas piadosas y la frecuencia de sacramentos, cuyo tesoro es la gracia, y cuyas delicias son la caridad, la oracion y la devocion. Hay todavía un gran número de almas justas que no reportan otra recompensa de su justicia que el olvido, la persecucion y el menosprecio. Y bien, esos cristianos sinceros, que siguen verdaderamente á Jesucristo, y que llenos de su espíritu llevan tambien su cruz y se dirigen místicamente por el camino del Calvario para ser allí continuamente crucificados con él, segun la espresion de S. Pablo, escitan con frecuencia, en su vida humilde y penitente, la compasion de los mundanos, como Jesus escitó la de los Judíos. ¡Hijas desgraciadas, dicen, desventurados jóvenes! ¡encerrarse así en la flor de su juventud en una especie de tumba, sin otra sociedad que la tristeza, el silencio y la mortificacion! ¡Pobres seres, dignos de compasion que se privan de los goces mas inocentes, que no disfrutan ninguno de los placeres del mundo! ¡siempre poseidos de temor, siempre en lucha consigo mismo, siempre llorando! ¿Cómo pueden condenarse á una vida tal que no es mas que una muerte continuada? *Plangebant et lamentabantur eum.*

Pero estas almas santas, á imitacion de Jesucristo, su Salvador y su modelo, responden á su vez á los mundanos: O hijos de la impía Jerusalen, hijos del siglo corrompido, no lloreis ni os aflijais por nuestra suerte: *Filiæ Jerusalem, nolite flere super nos,* mucho mas molesto nos seria gozar de las delicias de vuestro mundo, que á vosotros privaros de ellas; en pos de Jesucristo, entre las espinas de la mortificacion, en las lágrimas de la penitencia y en la austeridad del retiro, en la afliccion, en las tribulaciones y el menosprecio gozamos de la calma y de la paz del corazon; nosotros somos felices en poseer la gracia y tener la esperanza de la salvacion; por consiguiente ninguna necesidad tenemos de vuestra compasion ni de vuestras lágrimas hipócritas. Pero vosotros, con el pecado en el alma, en desgracia con vuestro Dios, en peligro continuo de morir con la

(1) Nolite flere pro mundi redemptione morientem, quem in majestate Patris sui videbitis judicantem. Lugendum nobis plane est, non de Salvatore credentium, sed de impietate et temeritate perentium (*Serm. X. de Pass.*)

muerte de los pecadores, en presencia del infierno, abierto siempre bajo vuestros piés, vosotros sin fe, sin esperanza y sin amor, decidnos, ¿teneis acaso, en medio de vuestras intrigas, de vuestros placeres y de vuestras diversiones, un solo dia sin penas, una noche sin cavilaciones, un momento sin disgustos, sin amarguras interiores, sin temores y sin remordimientos? ¡Ah! vosotros os creeis libres, la alegría está pintada en vuestro semblante, pero sois esclavos miserables y vuestro corazon está lleno de tristeza y de amargura. Nosotros somos dignos de envidia, y vosotros dignos de ser llorados: *Nolite flere super nos, sed super vos ipsos flete.* Y si quereis llorar sobre los demás, llorad sobre vuestros hijos, realmente desgraciados por tener unos padres tan poco religiosos y tan corrompidos. Gemid sobre vuestros hijos á los que no dejaréis otra herencia que una fortuna mal adquirida, vuestros vicios, y un nombre cubierto de infamia: *Super filios vestros.* ¡Hijos infortunados! Dios os los habia dado para el cielo, y vosotros los educais para el infierno; por consiguiente, herederos de vuestras máximas corrompidas y del escándalo de vuestra vida, participarán un dia de vuestro castigo. Llorad pues sobre ellos y sobre vosotros al mismo tiempo, ó mas bien, comenzad desde ahora, vosotros con ellos y ellos con vosotros, ese llanto eterno á que seréis condenados: *Super vos ipsos flete et super filios vestros.*

Qué palabras tan terribles hizo oir el Señor cuando añadió: Si el árbol verde es tratado de este modo, ¿qué será del árbol seco? *Si in viridi hoc faciunt, in arido quid fiet?* ¡O vosotros los que, para entregaros al desórden con mas libertad y menos remordimientos, teneis por nada el pecado, ó le considerais como una cosa indiferente, pesad bien estas palabras con que Jesucrito nos ha revelado el ultraje que el pecado hace á Dios, y los grandes castigos que están reservados á los pecadores! porque ved aquí el sentido de esta amenaza: Si solo el vestido del pecado con que Jesucristo se cubrió por nuestro amor le espuso á tantas ignominias y á tantas penas ante la justicia de Dios, ¿cómo es posible que esta misma justicia no se muestre inexorable con los hijos de los hombres que por su malicia son culpables de un gran número de pecados? Si aquel cuerpo inmaculado, santuario de la pureza, fué despedazado con tanta inhumanidad, ¿qué será del nuestro en el que no hay parte alguna que no sea impura? Si el árbol verde, si la oliva escogida de la que procede toda la uncion de la gracia, si la verdadera vid que lleva sazonados frutos es así maltratada, ¿qué será del olivo silvestre, qué

será del sarmiento á quien la vid no comunica ya su sávia? Qué será del árbol árido de maldicion, seco ya por el fuego de las pasiones, y preparado para alimentar el fuego del infierno? Si la santidad misma no se perdona, ¿se guardarán consideraciones con la iniquidad? Si Dios castiga tan severamente en Jesucristo unos pecados que no son suyos, ¿cerrará los ojos sobre nuestros propios pecados? *Si in viridi hoc faciunt, in arido quid fiet?*

Sin embargo, Dios no nos repite estas terribles palabras con el objeto de introducir el espanto en nuestros corazones, sino con el fin de convertirnos. Estas no son amenazas de venganza, sino invitaciones de ternura. Al ponernos á la vista el terrible cuadro de sus tremendos juicios, nos excita á que los evitemos; y en la persona de las hijas culpables de Jerusalen, llama á las almas pecadoras, hijas de su Iglesa, á llorar sobre sus culpas para obtener el perdon. Respondamos á estas invitaciones amorosas de la divina misericordia. Volvamos á colocarnos en pos de Jesucristo por el arrepentimiento y por el firme propósito de observar una vida cristiana, á fin de que, despues de haber sido sus compañeros en la tierra por la gracia, seamos un dia en el cielo, como nos lo ha prometido, compañeros de su gloria: *Ubi ego sum, ibi et minister meus erit.* (*Joan.*) Así sea.